

editorial

EL XVIII CONGRESO DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE

El reciente Congreso del socialismo chileno realizado en Octubre en Valparaíso, marca una etapa en su desarrollo de rasgos bien precisos y definidos.

El torneo de Valparaíso, el primero celebrado después del Congreso de Santiago en 1957 que consagró la Unidad Socialista, representa la definitiva consolidación del proceso unificador y mostró al Partido radicalmente integrado orgánica e ideológicamente, sin que asomara el menor resabio de olvidados y superados quebrantos internos. Estamos ahora en presencia de un movimiento político que ha conquistado, no sin esfuerzo, y a través de la experiencia, una unidad que ya no es meramente formal ni periférica, sino que emerge sustantivamente de una común, trabajada y profunda identidad de puntos de vista para apreciar y actuar en la política chilena.

El XVIII Congreso Socialista significó también la ratificación por parte de los socialistas de la política de unidad popular. También en este caso no se trata de una mera coincidencia superficial, oportunista y electorera, sino de un amplio y robusto entendimiento de fuerzas populares representativas de las masas trabajadoras chilenas, conseguido también penosamente, después de años de querellas e incomprensiones y que, por lo mismo, tiene el especial valor de todo lo que es producto de la práctica vivida, de todo lo que es lección de la experiencia. El pueblo chileno y con él el socialismo, ha comprendido que sólo la unidad popular es capaz de abrir un camino para la Revolución Nacional, que sólo la convergencia de planteamientos, conductas y actuaciones puede romper el pseudo equilibrio político social del país, y volcar la balanza del lado del pueblo, del lado del futuro, del lado del socialismo.

Y esta postura no aparece ahora como resultado solo de puras elaboraciones conceptuales, sino que surge avalada por la inestimable experiencia de la Campaña Presidencial del Pueblo en el pasado, que demostró que el Frente de Acción Popular, unido alrededor de un candidato socialista, era la más poderosa, combativa y valiosa de las fuerzas políticas chilenas.

La conquista de la unidad política de los trabajadores, —representada en el Frente de Acción Popular—, solo ha sido posible por la persistente labor socialista encaminada a excluir del campo político de izquierda a los sectores vacilantes y equivocados del centro, que si alguna vez desempeñaron algún rol positivo en nuestro desenvolvimiento, ahora ya se encuentran ubicados junto a las fuerzas conservadoras del actual orden social, comulgan con

sus ideas y valores, se ligan con sus intereses y sirven sus propósitos antinacionales y antipopulares. Por eso el Congreso Socialista fue explícito, claro y terminante en reafirmar la política de Frente de Trabajadores, en condenar la conducta política del centrismo, en especial la de los radicales, y en poner al descubierto su nefasto papel en la política nacional.

El socialismo chileno, consciente del carácter internacional que asume la lucha de los trabajadores por la instauración de una sociedad colectivista y comunitaria y, enraizado como está en la realidad chilena y latinoamericana, a las que aspira interpretar con auténtica fidelidad, prestó especial atención en su reciente Congreso al examen de la situación internacional y en especial al momento político que vive América Latina.

Por eso saludó venturosamente el éxito y el triunfo de los movimientos populares y revolucionarios en Cuba y Venezuela, y solidarizó ampliamente con los pueblos que aún soportan vejatorias tiranías oligárquico-militares sostenidas por el imperialismo, y con los trabajadores que en los distintos países del continente luchan por alcanzar mejores condiciones de vida, por defender la soberanía nacional y por liberarse definitivamente del imperialismo.

Consecuente con su tradición nacional-revolucionaria y antiimperialista, el Congreso Socialista reafirmó su convicción esencial de que sólo la progresiva integración económica y política de América Latina puede asegurar el cabal cumplimiento de sus objetivos históricos de liberación nacional, desarrollo económico y emancipación. Y ello en la medida en que este proceso sea promovido cada vez más por las masas trabajadoras organizadas y bajo su creciente influencia directiva, ya que sólo dicho sector social está radicalmente interesado en abatir al imperialismo, realizar la reforma agraria y construir una sociedad colectivista basada en la planificación de la economía con fines de utilidad social. Así lo demuestra claramente la permanente capitulación de los sectores burgueses de nuestro continente, que día a día van ligándose más a las oligarquías criollas y cayendo bajo el influjo y la dependencia del imperialismo norteamericano.

Adentrándose en el análisis de la actual correlación y distribución de fuerzas en el plano internacional, el Congreso se detuvo a examinar los grandes cambios que se han producido durante los últimos diez años en el mundo y que tienden a escindir el campo político universal en dos frentes bien definidos. Por un lado, las fuerzas regresivas que en una u otra forma pretenden congelar el desarrollo de la humanidad y mantener intocado en lo sustancial el orden imperante y, por la otra, el multiforme frente de los pueblos que aspiran a una revolución social capaz de abrir el camino hacia una sociedad sin clases, frente que se ha fortalecido notoriamente en la postguerra con el despertar de los pueblos coloniales, dependientes y el triunfo de la Revolución China. El Congreso constató que el frente mundial reaccionario se está configurando como una gigantesca coalición de fuerzas integrada alrededor y bajo el comando de la potencia máxima del capitalismo, los Estados Unidos, en oposición al vasto campo de fuerzas progresivas que se extiende desde los movimientos nacionales de liberación de los países atrasados y dependientes, hasta los propios países en que se ha colectivizado la economía y se realizan audaces experimentos sociales.

Pero este frente, no obstante el común sentido progresivo de su orientación general y la convergencia última de sus aspiraciones, no es ni puede pretender ser absolutamente homogéneo. Y no puede serlo, porque los diversos medios sociales determinan variantes y modalidades específicas en el proceso revolucionario, necesarias e imprescindibles, en cuanto traducen exigencias imperiosas de la realidad. Así contemplada la situación mundial, constituye un hecho nuevo y promisor, el que pese a los intentos por encauzar artificialmente a los procesos revolucionarios según un mismo y universal mo-

delo, la propia dinámica del movimiento ha superado esas vanas y negativas pretensiones, dibujando en distintos países perfiles autóctonos e individuales en sus empresas colectivas encaminadas a construir el socialismo.

Por eso el Congreso de los socialistas chilenos considera altamente perjudiciales los esfuerzos que se realizan por parte del comunismo soviético por obligar y compeler a todos y a cada uno de los países socialistas a imitar su propia ruta en la edificación del socialismo, como igualmente su empeño en subordinar en los distintos países la política de los partidos comunistas a idénticos patrones de conducta concebidos en función del particular interés de la Unión Soviética. Esta circunstancia lamentable se ve favorecida por la tradición seguidista, el dogmatismo y la ausencia de una real democracia interna en el seno de muchas de esas organizaciones.

Se valoró en este aspecto positivamente los cambios producidos después de la muerte de Stalin y sobre todo las resoluciones del XX Congreso del Partido Comunista Soviético en orden a corregir muchas de esas limitaciones que frenan el desarrollo del movimiento revolucionario en todo el mundo, pero se estimó igualmente que estos cambios no han sido lo suficientemente profundos y radicales, como lo atestiguan penosos acontecimientos que están en la memoria de todos y que es de interés común que no vuelvan a repetirse.

El Congreso terminó ratificando en los mismos términos ya expresados en la oportunidad de la Unidad Socialista, "su decisión de contribuir a la unidad ideológica y orgánica del movimiento obrero en todo el mundo, sobre la base teórica de marxismo, el respeto a la democracia interna y el reconocimiento de la autonomía de los pueblos para escoger, de acuerdo con su propia realidad, el camino más adecuado hacia el Socialismo".

C. A. M.